



SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN

*Santa María de Elche
15 de agosto de 2020*

En tiempos de incertidumbre e inquietud, en unas fiestas de la Mare de Déu, tan afectadas por las consecuencias de la pandemia que no han acogido la representación del Misteri, acudimos, en Año Jubilar de la Venida de la Virgen, al encuentro de la Palabra del Señor y al encuentro del Señor mismo en la Eucaristía, en esta Misa Solemne de la fiesta de la Asunción de Ntra. Sra. a los cielos.

Las páginas de la Escritura nos invitan a contemplar a la Virgen, que, después de cruzar el umbral de la casa de Zacarías, ha atravesado el umbral de la morada celestial. Allí, en la casa del Padre, Jesús ha preparado para ella “un lugar” (Cf. Jn 14, 1-2). La antigua Arca de la Alianza estaba colocada dentro del Santo de los santos, en el templo de Jerusalén; ahora, la nueva Arca, María, tiene su lugar en el corazón de la Trinidad, en virtud de la resurrección de Cristo, su Hijo.

Según la explicación de diversos exégetas, el texto del Evangelio de S. Lucas elegido para la fiesta de hoy y que acabamos de escuchar, sugiere esa íntima relación entre el Arca de la Alianza y María. Para ellos el viaje de María a casa de Zacarías está reflejando el traslado del Arca promovida por el joven rey David después de conquistar la Colina de Sion a los jebuseos (2 Sam 5, 6-9). Así se han destacado algunos paralelismos: la región de Judá como área geográfica común a los dos viajes; los brincos de gozo y la danza de entusiasmo del pueblo y de David delante del Arca y los saltos de alegría de Juan Bautista en el seno materno; la exclamación de David y la de Isabel; los “tres meses” del arca en casa de Obededón, y de María junto a Isabel; en casa de Zacarías. María con Jesús en su vientre; nueva Arca, nueva presencia de Dios en medio de su Pueblo. De la arqueta de madera al seno de María; del “Arca del Señor a la “madre del Señor; he aquí el paso de la antigua a la nueva Alianza. En María se cumplen las promesas. En la imagen de la Mare de Déu sostenida por los varaes y conducida en pleno Misteri, y por las calles de Elche en procesión, mientras se canta: “In exitu Israel de Egipto”, se cumplen las promesas.

También en el Evangelio de S. Lucas, recién proclamado, ha resonado el Magnificat, el canto de María. Las maravillas, las “grandes cosas” hechas por Dios son las intervenciones de gracias -maravillosas, potentes- que ha realizado en la historia de la Alianza con su pueblo. Se repite en esta historia de amor y misericordia, que el Señor haga “cosas grandes” a favor de una persona e tanto vehículo de bendición para todo el pueblo. La finalidad de las “grandes cosas” prodigadas por el Señor es comunitaria, y el Magnificat así lo refleja. María canta al Dios de la Alianza porque ha mirado su “humildad” y ha ensalzado “a los humildes”; se ha fijado en su “sierva”, a ha tomado de la mano a “Israel, su siervo”; y porque ha hecho “grandes cosas” en su persona y ha cumplido las promesas a favor de “Abrahán y su descendencia”.

La Asunción es el epílogo de las “grandes cosas” que el Dios de la Alianza ha hecho en la Madre de su Hijo, y por medio de ella en nosotros, y en su Iglesia y en la Humanidad. La Mare de Déu, la Asunción de María, la Asunta, es primicia e imagen de nuestra más profunda vocación y destino; anuncio y garantía del triunfo y la gloria final en Dios a que somos llamados y convocados por la fuerza del Resucitado, el Hijo de María.

Las palabras del Concilio Vaticano II nos lo siguen, clarísimamente, recordando: “La Madre de Jesús, de la misma manera que, ya glorificada en los cielos en cuerpo y alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener cumplimiento en la vida futura, así en latiera precede con su luz al peregrinante pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor (Cf. 2 Pe 3,10)” (LG 68). Doctrina que recoge nuestra fe católica expresada en la liturgia de hoy, concretamente en el Prefacio que proclamamos: “Ella es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada; ella es consuelo y esperanza de tu pueblo, todavía peregrino en la tierra”.

Es, pues, un gran misterio el que hoy celebramos. Misterio de María, ante todo, también de todos nosotros, pues por el camino de la Asunción que abrió María se encaminan también los pasos de todos aquellos que une su vida a Cristo, como lo hizo Ella. Ella así lo expresa, expresa su ansia de unión con su Hijo, desde el inicio del Misteri:

“Ai trista vida corporal!

Oh, món cruel, tan desigual!

Trista de mi! Jo que faré?

Lo meu car Fill, quan lo veuré?”.

Y su ansia, su deseo lleno de amor, es correspondida; el ángel, abiertas las puertas del cielo, desde la “mangrana”, inicia su canto anunciando a María que Cristo ha oído sus súplicas y accede a sus deseos:

“Lo vostre Fill qui tant amau

e ab gran goig lo desitjau,

Ell vos espera ab gran amor

per ensalçar-vos en honor”.

Que ella que nos ha mostrado en el Misteri el camino que recorrió, y que nos abrió para todos nosotros, nos consiga, antecediendo, que participemos de esa ansia, de ese deseo de hacer el camino de nuestra vida unidos a Jesús, al Señor, ansiando que entra en la Casa del padre, en su gloria que es su compañía, es no sólo la meta, sino la Sabiduría y el consuelo para nuestra vida, especialmente en estos tiempos difíciles, en los que saber y actuar esto es gracia decisiva.

Precisamente, en estos tiempos de pandemia, con todas las dramáticas consecuencias que están conllevando para la salud y la vida, para el trabajo y la realidad social, para el interior de las personas y sus relaciones familiares y comunitarias, nosotros, discípulos del Resucitado, estamos llamados a ejercer el ministerio de la consolación mediante hechos y palabras que se inspiren en la resurrección del Señor, en la verdad que S. Pablo nos ha recordado en esta celebración, en la Segunda lectura (Cfr. Cor 15, 20-27). Estamos llamados, a semejanza de María que marchó deprisa a ayudar a Isabel (Cfr. Lc 1,39), a practicar la liturgia del servicio, dentro de una Iglesia hecha, más que nunca y a todos los niveles, “hospital de campaña”, “Iglesia samaritana”.

Es creciente el número de autores, que podemos leer a lo largo de estos tiempos de pandemia, que entienden y se sitúan ante la crisis mundial que vivimos en profunda sintonía y complementariedad con las orientaciones que el Papa Francisco ha ido expresando a lo largo de estos meses; desde la referencia fundamental que expresó en la icónica celebración en aquella impresionante Plaza de San Pedro, vacía, señalando –a la luz del texto evangélico de la “tempestad calmada”- que lo decisivo es que entre nosotros, en la barca, sigue el Señor y nos sigue invitando a no tener miedo, a ser personas de fe, confiados e Él, aunque parezca ausente; desde ahí, hasta entender esta dramática crisis como desafío y oportunidad, para personas y sociedades, pues “nos ha hecho cobrar nueva conciencia de nuestra índole finita, venerable, mortal...una señal de alarma que nos llama a cambiar de mentalidad, a la conversión y renovación. Nos invita a sacar de nuevo de la fuente de la vida, esperanza, valor, fortaleza y, alegría, y con ello acompaña a las numerosas personas a las que la crisis ha puesto en dificultades y en gran necesidad” (W. Kasper, “Dios en la pandemia”, p. 146).

En fin, hermanos, que por la misericordia de Dios y nuestra apertura a su Sabiduría, este drama del que nos vemos aún su desenlace, ni en el cuándo ni en el cómo, ni nos desvíe del camino, ni nos oculte la meta, alejándonos de todo aquello que, precisamente hoy, en María celebramos, en su gloriosa Asunción a los cielos.

Y, finalmente, pidamos por su intercesión que, cuando el Señor quiera, volvamos a cantar el “Gloria Patri”, aquí, entre aplausos y alegría, y en el cielo, donde Ella nos espera, con todos nuestros queridos difuntos por quienes vamos a celebrar esta Misa, especialmente difuntos en esta pandemia y sus apenadas familias. Pidámosle que, aunque afectados por estar este año sin representación del Misteri, no dejemos de disfrutar de la grandeza de esta Eucaristía y de este día, para Elche y para la Iglesia entera, para con David saltar de gozo en el Espíritu, pues hoy el arca del señor, María, ha entrado en el lugar sede su reposo y nos ha mostrado el camino. Para con el príncipe de los ángeles, Gabriel, exclamar: “Salve, llena de gracia, el Señor es contigo”. Para con palabras de S. Juan Damasceno (Segunda homilía sobre la dormición”, 10.16), decir: “Salve, oh inagotable mar de gracia. Salve, oh única libertadora de toda tristeza. Salve, oh medicina que de todos los corazones hace desaparecer el dolor. Salve, oh María, por cuya mediación ha sido expulsada la muerte y nos ha llegado la vida”. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante